

Editorial

Palabras clave del debate sobre el capitalismo contemporáneo: valor y crisis

Humberto Márquez Covarrubias*

Es necesario observar el presente curso de las cosas hasta que éstas hayan alcanzado su madurez, esto antes de que uno pueda «consumirlas productivamente», esto es, «teóricamente».

Karl Marx

La crítica de la economía política y los estudios críticos del desarrollo asociados a esa perspectiva representan un ejercicio vivo del pensamiento crítico en la era del capitalismo global que ofrece un arsenal de herramientas teóricas y conceptuales para entender con claridad las contradicciones y potencialidades que caracterizan el mundo actual.

El pensamiento crítico significa una fuerza social productiva, en tanto expresión del trabajo intelectual comprometido con las causas sociales de su tiempo, que articula teoría y práctica, para realizar una crítica de la economía política del capital global (impregnada por el pensamiento conservador de corte neoclásico y neoliberal) y de los patrones de acumulación y las relaciones de poder que trazan el panorama de la moderna sociedad capitalista.

Herederero de la crítica de la economía política, esta forma de pensamiento crítico no sólo es un patrimonio intelectual digno de celebración (como

* Docente investigador de la Unidad Académica en Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ), México.

ha sucedido con el marxismo recientemente) ni un baluarte que nutre la regeneración de las académicas, a menudo resguardadas en las torres de marfil de las instituciones universitarias, sino que es una potencia viva que amerita su puesta en práctica y su presentación pública con objeto de entender la sociedad contemporánea y buscar estrategias de transformación.

En esa inteligencia, saltan a la palestra grandes temas en torno a la teoría del valor y la crisis, que más que ser polvo de bibliotecas, son cuestiones centrales de la forma articulada y contrahecha en que se desarrolla la sociedad capitalista en el presente.

Capitalismo contemporáneo: ¿cuál es la forma predominante?

Hay un debate velado sobre cómo definir y caracterizar el capitalismo, sus contradicciones, tendencias, crisis y potencialidades de transformación: ¿con qué herramientas teóricas y conceptuales?, ¿cuál es la forma de capital dominante: financiera, industrial, extractivista, criminal, informática?, ¿la forma de capital dominante (sea el capital financiero, las nuevas tecnologías o el capital extractivista) impregna su señorío sobre las demás y en tal caso basta con estudiar la forma dominante?, ¿dónde colocar los énfasis? O, en su caso, ¿existe un funcionamiento complejo y articulado de una variedad de formas de capitales que operan simultáneamente como capital social colectivo, a menudo sintetizadas en la forma de monopolio, y que más allá de la forma específica en que se presente, el móvil sigue siendo la generación y apropiación de ganancias, máxime de ganancias extraordinarias? O más aún, podemos preguntarnos si lo que en realidad prevalece es la lógica de funcionamiento del capitalismo, que es la lógica de la valorización del valor, independientemente de la forma de capital que asuma mayor visibilidad,

donde prevalece el trabajo abstracto, la mercancía, el dinero y el valor, este último como el «sujeto automático» que opera de manera inconsciente entre las clases sociales y los concurrentes del mercado.

En la academia y la investigación afloran diversas posturas, plasmadas en numerosas publicaciones, que habitualmente no dialogan o debaten entre sí. Los analistas apegados a la tesis financierista argumentan, en términos generales, que el capital financiero domina la economía mundial y al resto de los sectores, incluso se asume que el capital financiero adquiere autonomía y articula una nueva arquitectura financiera mundial y en esa situación el mundo de las altas finanzas se explica por sí mismo. Pero hay diferentes puntos de vista, por un lado, quienes asumen una autonomización del capital financiero, incluyendo el capital ficticio, que domina la economía mundial, y otros que reconocen ese predominio y advierten que sigue vigente la teoría del valor, y que la llamada «economía real» sigue generando el plusvalor que se transfiere de manera compulsiva a la órbita financiera, donde se reparte mediante rejuegos especulativos e intrincadas argucias en el funcionamiento del capital ficticio, que no son ajenas a inconfesables pactos en las tramas del gran dinero y el poder.

La postura industrialista persigue el canon clásico de *El capital* de Marx y no admite otra dominación más que la de la gran industria maquinística, por lo cual sostiene que el capital industrial es, sigue siendo, el amo del capital financiero, en tanto que el aparente dominio financierista no es más que una forma de servidumbre encubierta al capital productivo, una representación del fetichismo del dinero, tras del cual opera el motor de la producción industrial, potenciada por avances inusitados en la ciencia y la tecnología, además de actualizaciones en la organización sociotécnica del trabajo y la internacionalización de los procesos productivos en redes de producción

apostadas en los confines del planeta que pueden configurar una fábrica mundial.

Las posiciones tecnologicistas subrayan la preponderancia de la innovación y el desarrollo de la ciencia y la tecnología como factores desencadenantes de revoluciones de gran calado que trastocan las relaciones de producción y acentúan la tendencia hacia una disminución del trabajo vivo y una preponderancia del trabajo muerto o pasado, hasta el punto de llegar a coincidir con la tesis del «fin del trabajo» y entretejer una explicación asociada a la teoría del imperialismo para describir la generalización de los monopolios y la concentración de patentes como mecanismo regulador de la ganancia extraordinaria y, en contrapartida, la exclusión social del progreso tecnológico. Esta visión no esconde su fascinación por el progreso de las fuerzas productivas que devendrán en un cambio prometeico de las relaciones sociales de producción.

La noción de imperialismo aparece recurrentemente con distintos énfasis, habitualmente como parte del marco histórico del desarrollo del capitalismo como una secuencia de etapas progresivas hasta llegar a un estado actual de dominación hegemónica planetaria por una potencia, Estados Unidos, que no obstante enfrenta la disputa de China; ambos están enfrascados en relaciones de complementariedad productiva y confrontados en guerras comerciales. En ese marco, los poderes militares, diplomáticos, políticos, corporativos y culturales se despliegan como soporte inquebrantable para la propagación de un cúmulo de fuerzas productivas destructivas, que en más de un sentido reeditan la acumulación originaria para tornarla en dispositivo de avanzada y conquista permanente; es el caso específico de la economía de guerra y el capital industrial militar, que a costa de la destrucción de vidas y guerras de conquista genera espacios de alta valorización; o

de la formación de un sistema científico-tecnológico centrado en los grandes monopolios estadounidenses y sus aliados estratégicos.

La nueva división internacional del trabajo sirve como categoría comprensiva de la reestructuración productiva de los grandes capitales de los países desarrollados que buscan espacios en las periferias, desplazan sus industrias o aparatos productivos y reeditan la configuración misma de las periferias, de acuerdo al papel asignado en la nueva división internacional del trabajo, otrora espacios subsumidos en patrones comerciales unilaterales como monoexportadores de materias primas y alimentos, para convertirse en plataformas de exportación diversificadas, pero operadas por el gran capital multinacional, en una trama de recomposición socioterritorial de la economía mundial, donde se actualizan y entreveran las nociones de imperialismo, en tanto exportación de capitales monopólicos de los centros a las periferias, y de colonialismo, como conquista de territorios para el saqueo de riquezas naturales y explotación superlativa de fuerza de trabajo nativa. La complejidad operativa y articulada de los capitales extractivos, financieros, industriales, comerciales y culturales configura economías de enclave de nuevo tipo y formas concomitantes de estados de excepción como espacios de valorización que sintetizan lo viejo con lo nuevo.

En la geopolítica del capital se teje una trama donde resulta comprensible otra forma de expresar el capital financiero, al menos desde la óptica de la competencia intracapitalista, entre el capital financiero anclado en la república o el país hegemónico, por tanto con una determinada base regional continental, en contraposición con un capital financiero global que tiende a copar los circuitos del mercado mundial. El primero está representado por los capitales financieros asociados a complejos industriales energéticos, farmacéuticos y armamentistas, que tienen como representante político actual

al inefable Donald Trump y junto con él a determinados líderes políticos populistas y derechistas de diversos países, que por sumisión o conveniencia se pliegan a sus determinaciones; y el segundo está representado por el gran capital ficticio, cuyas sedes operativas están ubicadas en las *cities* de Londres y Nueva York, especialmente en Wall Street, los cuales también tienen sus representantes políticos, más claramente en los Clinton. El amasiato entre el gran dinero y el poder imperial extiende sus ramificaciones en la construcción ficticia, y no obstante realista, de la economía mundial.

Para eludir posibles análisis fragmentarios o desarticulados, centrados en formas específicas del capital o en temas relevantes, y recuperar los múltiples aportes de las vertientes de análisis expresadas con la brevedad del caso, habría que reconsiderar una cuestión de método: el análisis dialéctico de la totalidad nos permite reconstruir de forma articulada el funcionamiento orgánico del capitalismo mundial mediante la valorización del valor, las diferentes formas de capital en juego estructuradas por grandes monopolios internacionales, un tejido de redes globales de capital monopolista, la redefinición de las formas de intercambio desigual entre centros y nuevas periferias, la generalización de la superexplotación y la división internacional del conocimiento.

La vigencia de la teoría del valor: ¿persistencia, límites y anacronismos?

El gran hallazgo científico del siglo XIX, con hondas repercusiones sociales, ha sido la teoría del valor, que sintetiza el funcionamiento orgánico de la sociedad capitalista en que nos encontramos atrapados e inmersos. Es una cuestión que se presta, sin embargo, a la discusión larga, en la medida en que emergen las preguntas sobre si el valor sigue siendo el fundamento

de la lógica del capital en tanto valor que se valoriza a sí mismo; si debido a la mejora tecnológica que posibilita que una menor masa de capital variable movilice una mayor cuantía de capital constante o, dicho de otro modo, el trabajo muerto asuma una mayor presencia sobre el trabajo vivo, el valor esté experimentado una pérdida relativa de importancia como determinante económico y social; si la formación del valor acontece a escala mundial y rompe las barreras espacio-temporales expandiendo los límites de posibilidad de la acumulación posponiendo el aserto de que el único límite del capital es el capital mismo. En suma, ¿sigue siendo vigente?, ¿cómo se verifica?, ¿cuáles son sus límites?

Sobre la ley del valor se plantea la pregunta de si sigue siendo vigente o ha perdido o está perdiendo relevancia. Como es sabido, el trabajo humano es la fuente generadora de valor, de riqueza social, la cual se distribuye de manera desigual entre capital y trabajo, y por añadidura entre el resto de la sociedad. Los mecanismos de distribución y apropiación del plusvalor se han exacerbado y la competencia entre capitales por acceder a la máxima ganancia posible, incluyendo las ganancias extraordinarias, se ha arremetido. Pareciera que en esta lid ciertos capitales se han autonomizado de la esfera de la producción, de la explotación del trabajo, y han encontrado formas peculiares de anidar ganancias extraordinarias sin la mediación productiva. Es el caso particular del capital ficticio, integrado por un cúmulo de acciones y títulos. En esta dimensión se subraya el fetichismo del dinero (D-D'), hacer más dinero con sólo dinero sin mediación productiva. Para muchos analistas, encapsulados en ese espejismo, la acumulación está dominada por las finanzas, sin embargo, el punto crítico subyace en que en el ámbito de la producción se sigue generando valor que es apropiado en grado superlativo por los capitales no productivos, de forma tal que

existen ganancias ficticias, esporádicas, sin sustento de valor, que abrevan de la pura especulación, con las burbujas especulativas, pero otras ganancias financieras se alimentan de la esfera productiva, porque interactúan con ella, bajo la forma de dinero a interés.

La consideración teórica sobre el valor se divide en diversas posturas, entre quienes abogan por su vigencia y generalización, quienes han trasladado la problemática a la órbita del capital ficticio y quienes la consideran anacrónica merced al despliegue de las tecnociencias. En la primera postura, la ley del valor sigue siendo vigente porque explica la explotación, la generación de plusvalor, la distribución del excedente y la nueva división internacional del trabajo, y esto se acrecienta, aún más, con la generalización de la superexplotación, como rasgo estructural del capitalismo global, no sólo en el mundo subdesarrollado sino en el ámbito más desarrollado. En la segunda, los autores adscritos a la tesis financista no se pronuncian claramente sobre la teoría del valor, salvo quienes trabajan desde la óptica del capital ficticio y ganancias ficticias, donde parecieran identificarse límites a la teoría del valor, pues las ganancias ficticias no tienen sustancia real pero se apropian de plusvalor generado en otras instancias productivas. En la tercera, la ley del valor es una legalidad vigente pero anacrónica, no tiene razón de ser, dado que existe el potencial de implementar un régimen social basado en el trabajo potencial de la ciencia y la tecnología, que tornaría minoritario el influjo del trabajo vivo en la creación de riqueza.

Parece haber un acuerdo entre diversos autores que aún cultivan la vena de la crítica de la economía política acerca de la vigencia de la teoría del valor, pero a partir de esa idea compartida se tejen distintos hilos o matices argumentales, desde quienes consideran el canon del capital productivo y la explotación como el basamento material de la reproducción social y las

formas de distribución y apropiación del excedente; pasando por quienes parten de las relaciones de intercambio, de los mercados, para identificar las formas de capital que más capturan ganancias, en este caso especulativas; hasta quienes advierten un declive o anacronismo de la teoría del valor por razones atribuibles al incesante progreso tecnológico. El punto clave de las interpretaciones descansa, entonces, en los puntos de partida, sean las relaciones de producción, las relaciones de intercambio o el desarrollo científico tecnológico, y a partir de ello pueden advertirse sus posibles desenlaces.

Para discutir la vigencia de la teoría del valor y sus límites, conviene tener en cuenta al menos tres consideraciones presentes en la teoría y práctica del capitalismo contemporáneo, que no obstante dan cuenta de sus contradicciones inmanentes: *a)* la persistencia de la regulación de la acumulación por el trabajo vivo, trabajo inmediato, fuente primigenia del valor, que no obstante pudiera considerarse, para algunos, un anacronismo, cuando no una expresión de salvajismo o crueldad si se toma en cuenta que el capital como vampiro sigue succionando la sangre, la energía vital, de grandes cantidades de trabajadores en condiciones deplorables, rayanas en la superexplotación; *b)* la tendencia observable en el decremento del trabajo vivo y el aumento del trabajo muerto o pasado, que se ha materializado por una mayor composición orgánica de capital derivada de las mejoras tecnológicas y la mayor densidad de capital; y *c)* la potencial pérdida de relevancia del valor por una objetivación del trabajo, merced a la generalización de tecnologías como la automatización, robotización, bioingeniería y otras que acrecentarán de manera inusitada el trabajo potenciado, posibilitarán el incremento del tiempo libre y crearán las posibilidades para una sociedad de nuevo tipo, como se deriva de la utopía prometeica.

Además, conviene considerar que el actual capitalismo global tiene como piedra angular precisamente el proceso de formación global del valor, en la medida en que concita la centralidad del capital global social como formas articuladas de capitales industriales, financieros y comerciales, de carácter monopólico, y capitales desplegados en redes globales de capital monopolista en regiones desarrolladas y subdesarrolladas, para explotar grandes reservorios de recursos naturales e inmensos contingentes de trabajadores precarizados y superexplotados. Sin embargo, dicho valor global está montado sobre arenas movedizas, debido a la profunda crisis del sistema capitalista en su conjunto, que pone en predicamento la direccionalidad y sustentabilidad de la valorización en todos los planos y niveles. Estas dinámicas despliegan viejas y nuevas modalidades de generación y apropiación del valor a favor del capital social colectivo, en detrimento de las clases trabajadoras, con una variedad de formas de explotación y distribución del excedente.

La crisis del capitalismo: ¿financiera, general o civilizatoria?

La crisis del capitalismo ha sido caracterizada de las más diversas formas, ya sea de forma sectorizada: financiera (coyuntural, sectorial, especulativa) o cíclica (ciclos cortos y ciclos largos de 7 y 50 años, respectivamente); de forma estructural: sobreproducción (caída de la tasa de ganancia, crisis de realización, subconsumo); y civilizatoria (crisis general del capitalismo y de su entorno: ambiental, política, social, laboral). Al respecto, se ha planteado una gran interrogante: ¿es una crisis financiera o es una crisis general del capitalismo? Más aún: ¿es una crisis del capitalismo que obedece a sus tendencias ancestrales o además es una crisis que hunde sus raíces en el entramado civilizatorio?

Desde la tesis financierista se ha insistido, valga decirlo, que la crisis actual es de índole financiera, cuyo relato toma como punto de partida el estallido de una preclara burbuja financiera, el estruendoso estallamiento del *boom* inmobiliario provoca la bancarrota de grandes bancos y un efecto dominó que repercute en el resto de los sectores y ramas económicos, con la consecuente necesidad de intervención del Estado que provisionalmente se quita su vestimenta neoliberal y saca del clóset su indumentaria keynesiana para emprender el rescate de los megabancos y grandes corporaciones industriales que son «demasiado grandes para quebrar», pero deja en el olvido a los deudores, desempleados y pobres, que tienen que pagar el costo social de un régimen de acumulación y estilo de vida de las capas altas de la sociedad que está en predicamento. Pero es un problema sencillo de resolver, pues queda enmarcado en la esfera de la circulación, en los desenfrenos de la desregulación y especulación, que puede contenerse con su antídoto, la regulación y la intervención estatal, para reflotar al capitalismo financierista.

En cambio, diversas explicaciones de la crisis recurren a una tesis sistémica, según la cual se trata de una crisis general del capitalismo, que es multidimensional, por lo que es financiera, ambiental y social, aún cuando se descarta la explicación cíclica de un orden autorregulado de los mercados que cobran vida propia con las políticas adecuadas y el restablecimiento de la rentabilidad capitalista, pero al final de cuentas es una crisis legal en el sentido capitalista, que deviene de la tendencia inexorable a la caída de la tasa de ganancia, que emana de las contradicciones internas del proceso de valorización.

Finalmente, emerge una teoría alternativa, que insiste en que se trata de una crisis de mayor calado, una crisis civilizatoria, en tanto que, en efecto, es una crisis general del capitalismo (hacia adentro de su lógica de

funcionamiento: sobreproducción, caída en la tasa de ganancia, cortocircuito de la valorización), pero también un colapso de su entorno, hacia afuera de la lógica de valorización, es decir, la destrucción extrema, en algunos casos terminal, de las fuentes de riqueza, el trabajo y la naturaleza, que puede llevar la situación a un punto sin retorno, no sólo para el capitalismo sino para otras formas de organización social posibles. Es un debate que aún persiste y requiere mayor elaboración, donde sin duda el nudo crítico entre valor y crisis, en un contexto que considere además los límites del capitalismo, puede dar mucho de sí.

Temas de debate

Desde esa perspectiva, son muchos los temas que pueden abordarse desde esta plataforma de análisis teórico, conceptual y político.

1. *¿Superexplotación, desvalorización o enajenación de la fuerza de trabajo?* Ante la evidencia de que la fuerza de trabajo se paga, cada vez más, por debajo de su valor, como una forma contratendencial a la caída de la tasa de ganancia, que de ser un recurso provisional se convierte en permanente, surge la discusión acerca de si se trata de una superexplotación, una desvalorización o un rasgo estructural del trabajo enajenado. Esto en un contexto donde la superexplotación del trabajo o enajenación del trabajo parecieran ser, al menos en términos teóricos, formas anacrónicas de un capitalismo pródigo en avances tecnocientíficos y configuraciones alucinantes del ser humano, desde el hombre cibernético hasta el *ciborg*. Por lo pronto, en la realidad cotidiana de millones de trabajadores sigue siendo realidad la explotación superlativa que aún pone sobre la mesa una cuestión crucial: ¿se ha generalizado la superexplotación laboral (rasgo estructural de las regiones subdesarrolla-

das y dependientes) hasta abarcar a las regiones centrales tanto por la migración de trabajadores superexplotados de las periferias a los centros como por la adopción de estrategias de gestión del trabajo en los países desarrollados tendientes a la implementación de políticas que superexplotan la fuerza de trabajo de manera permanente? Lo cual nos remite a un análisis de la fundamentación estructural del problema: ¿basta con hablar de mayor intensidad en la explotación, es decir, la superexplotación es un problema de grado o es un rasgo estructural, explicativo del subdesarrollo y la dependencia?, ¿es una contratendencia que sugiere una excepción a la regla, donde lo que impera es el intercambio de equivalentes y prevalece el pago del salario al valor de la fuerza de trabajo, y lo pudiera suceder es que se desvaloriza la fuerza de trabajo por diversas razones, como el abaratamiento de los bienes salariales?, o ¿es suficiente hablar de «arbitraje laboral» acorde a los diferenciales salariales entre países en una economía mundial donde los Estados nacionales contienen la movilidad de la fuerza laboral y establecen políticas de contención salarial para crear paraísos de inversión productiva e improductiva con bajos costos laborales? Esta es una discusión contemporánea de un problema que pareciera asunto del pasado, pero que en lugar de superarse, se profundiza. En los términos del debate se invocan distintas aproximaciones, desde los bajos salarios, la división internacional del trabajo y el arbitraje laboral global, el consumo y la reproducción social, aspectos que vistos de manera parcial o fragmentaria pueden alumbrar algunas aristas, pero no arribar a una comprensión cabal de la forma en que se articula el capitalismo global. Por tanto, resulta indispensable, más allá de adelantar definiciones, hacer un trabajo de conceptualización y diferenciación entre superexplotación, desvalorización del trabajo o enajenación del productor y consumidor.

2. *Tesis financista: ¿predominio del capital financiero?* Ante la duda de si lo que predomina es la relación de capital-trabajo (explotación) o una forma particular de capital, desde una segmentación analítica que otorga preponderancia a un fenómeno y una forma de capital, por ejemplo la financiarización (capital financiero) o el extractivismo (capital extractivo), es menester recuperar la diferencia crucial entre lo abstracto y lo concreto, entre la lógica general de la valorización y las modalidades específicas en que se manifiesta la acumulación en una época determinada. En razón de lo anterior, también pueden disolverse las interrogantes acerca de si existe una dislocación entre la «economía real» y la «economía financiera», y, más aún, si el capital financiero se ha autonomizado y sigue una lógica autorreferenciada (D-D') sin mediación productiva, lo cual podría conducirnos a suponer que la teoría del valor está descontinuada y que el capitalismo ha mudado su ser interno. Al horadar el fetichismo del dinero podemos advertir, sin embargo, que dinero como dinero no es capital, que la conversión del dinero en capital pasa, necesariamente, por la lógica de la valorización y que el trabajo productivo sustenta la espiral ascendente del dinero progresivo, un dinero adelantado que es convertido a instancias del trabajo en dinero acrecentado, y que en la esfera de la circulación aparecen en escena las personificaciones del capital ficticio y las ganancias ficticias, que crean la falsa imagen de una dislocación entre la «economía real» (capital productivo) y la «economía ficticia» (capital especulativo). Y dentro de esa trama ficcional se pueden identificar dos formas del capital ficticio: la primera vinculada con el capital productivo, en tanto adquiere la forma de dinero a interés, que apalanca la construcción de infraestructura, la industria, el comercio, etcétera; y la segunda referida al espécimen del dinero autorreferencial, la artificiosa «economía de papel» (acciones y

títulos), que pareciera autonomizarse sin establecer vínculos productivos, y ascender en una compulsiva espiral especulativa.

3. *¿Las fuerzas productivas desarrolladas por el capitalismo son destructivas o progresistas?* No hay una respuesta absoluta, pero si se identifican ambas expresiones, por una parte, los capitales monopólicos, los imperialismos y sus complejos militares (a menudo el punto de partida de las grandes innovaciones capitalistas), despliegan la mayor inversión e investigación científica en sectores nocivos (militarización), monopolistas (farmacéutico), depredadores (energético) sin consideración del saldo socioambiental de ecocidio, muertes y degradación humana, expresiones diversas de una verdadera fractura del metabolismo entre sociedad y naturaleza. Pero también se advierte el potencial civilizatorio de la investigación científica, el desarrollo tecnológico y la aplicación del trabajo potenciado en la producción para satisfacer necesidades humanas y alivianar la carga del trabajo vivo o erradicar la explotación. El problema radica en la apropiación social del conocimiento y sus productos, la propiedad privada de los medios de producción y el poder de decisión de los monopolios, que no ofrecen posibilidades para una intervención democrática sobre los mercados y el progreso científico-tecnológico. Cabe advertir que no existe un automatismo en el desarrollo de fuerzas productivas que convierta a las revoluciones científico-tecnológicas en progreso social, pensarlo así sería un error de apreciación tecnocrático. Trocar el carácter destructivo y nocivo de las fuerzas productivas, especialmente de las tecnociencias monopolísticas, es un problema teórico y político, pues es necesario concebir a las fuerzas productivas como potencias sociales, donde priman las necesidades sociales y la calidad de vida de las clases trabajadoras. Los problemas sociales no tienen soluciones técnicas de por sí, pasan por el terreno de lo político.

Anacronismo contemporáneo

Con todo, el capitalismo es contradictorio y no sigue una agenda determinada, progresista, prometeica. Conjuga pasado y presente, en todo caso sigue un derrotero aciago. Los anacronismos del capitalismo originario (por ejemplo, acumulación originaria, colonialismo, emigración forzada, superexplotación, pauperismo, etcétera) siguen siendo contemporáneos: la violencia gestante, como los cercamientos, la escisión entre productores y sus condiciones de existencia y los despojos son formas actuales de una «acumulación originaria permanente». Lo mismo en el ámbito del trabajo, donde pareciera que las condiciones están dadas para minimizar el trabajo vivo y acrecentar el trabajo muerto plasmado en el predominio del trabajo potenciado de la ciencia y la tecnología, la realidad es que coexisten ámbitos del trabajo intensivos en fuerza de trabajo, en condiciones de superexplotación con sectores productivos de punta automatizados y robotizados, dotados de inteligencia artificial y procesos bioingenieriles. Mientras a unos se les niega la existencia (parecieran ser subhumanos), ya se prefigura un ser cibernético, un posthumano, el *ciborg*.

En el debate contemporáneo se confiere demasiado vuelo a la tesis financierista, como ocurre en la academia convencional y también en la crítica, por lo que termina por imprimirse una imagen de sobredeterminación de lo financiero en desdoro de un análisis más integral del capitalismo, del capital global, que por lo mismo abarca a las diversas formas de capital financiero, industrial, comercial en la trama de valorización (D-M-D'), donde deambula el capital ficticio como alma en pena que quisiera ser autónoma, y en su lugar deja de lado otros temas igualmente cruciales, como la cuestión laboral (proletarización y como se ha desdibujado la relación capital-trabajo

y las luchas clasistas de nueva generación), la cuestión ambiental, la crisis del capitalismo y los límites de su reproducción y el debate sobre las alternativas.

El derrotero del pensamiento crítico nos arroja grandes enseñanzas teóricas y políticas. Entre las consecuencias teóricas, podemos señalar la pertinencia actual del análisis crítico de la realidad social desde una visión de la totalidad o desde una dimensión de ella que se considera primordial (p. ej., análisis articulado de la financiarización, explotación, innovación tecnológica). Asimismo, la necesidad de descifrar las grandes tendencias, contradicciones y potencialidades que entraña el capitalismo. Entre las consecuencias políticas puede considerarse la necesidad de crear un poder social más allá de los problemas consuetudinarios del capitalismo, como la especulación, el despojo, la mercantilización, para articular respuestas de mayor envergadura, en vías de un cambio de paradigma civilizatorio que supera la ley del valor, el régimen del trabajo abstracto, el reinado de la mercancía, el poder del dinero, la omnisciencia del mercado y la dominación del poder estatalista.

El debate sobre el capitalismo desde el pensamiento crítico es una tarea crucial para entender el presente del mundo en que vivimos y en particular de las regiones y países subdesarrollados y dependientes, y promover políticas de transformación social, no en pauta reformista, sino con talante emancipador.